

fuerza de méritos, de virtudes, de heroísmo, subir á la vez todos los escalones, y elevarse inmediatamente a círculo supremo, sin poder en seguida, ni decaer ni retrogradar.

Si ha cometido grandes crímenes, al contrario, no puede caer tan abajo que no pueda volver á levantarse por la expiación y el arrepentimiento.

Así es que, el bien es el fin último del alma, y que el mal, contrario á su destino, no ha sido producido mas que por su libre albedrío, y con él puede repararse.

Tales son nuestras creencias íntimas.

## CAPITULO II.

### RESPUESTAS A LAS OBJECIONES.

La primera objecion que se dirige á nuestro sistema, es la que hacia ya en su *Theophrasto*, Eneas de Gaza, filósofo cristiano del cuarto y quinto siglo de nuestra era. Está tomada de la falta del recuerdo, y la formula así: "Supuesto que enseñais, se nos dice, que la vida humana es una expiación de faltas anteriores, esta expiación, para ser provechosa al alma culpable, debería existir con el recuerdo de los pecados por los cuales se viene aquí abajo: nadie es castigado sino sabe por qué se le castiga."

Hemos alegado ya en el curso de este trabajo, la naturaleza demasiado grosera de nuestros cuerpos y la demasiada materialidad de nuestro globo; vamos mas

delante y tratemos mas profundamente la cuestion. La morada terrestre es ménos una expiacion para las almas que ya han expiado en el mundo espiritual, que una nueva prueba, así como lo dice tan angulosamente Dupont de Nemour, ese prodigioso escritor, que en el siglo XVIII, ha sobrepasado á todas las creencias modernas. Pero si es así, ¿no se ve que el recuerdo de las vidas anteriores, siquiera fuese posible de otro modo que por la revelacion, con nuestros cuerpos pesados desvirtuaria extraordinariamente las pruebas quitándole la mayor parte de sus dificultades, y por lo tanto de sus méritos así como de su espontaneidad?

Nosotros vivimos en un mundo en que el libre albedrío es todopoderoso, ley inviolable del progreso y de la iniciacion progresiva de los hombres. Si las existencias pasadas fuesen conocidas, el alma conoceria la significacion y el alcance de las pruebas que le están reservadas aquí abajo; indolente y perezosa se resistiria algunas veces contra los designios de la Providencia y seria paralizada por la desesperacion de sobreponerse á ellos, ó mejor dispuesta y mas varonil las aceptaria y cumpliria con seguridad. ¡Y bien! no es necesario ni una ni otra de estas posiciones. Conviene que el esfuerzo sea libre, voluntario, al abrigo de las influencias del pecado; el campo del combate debe de ser nuevo en apariencia para que el atleta pueda mostrar y ejercer allí su virtud. La experiencia que ha adquirido precedentemente, la energía que ha sabido conquistar, le sirven para la nueva lucha, pero de una manera latente y sin que ella lo dude, porque el alma imper-

fecta viene á sus reencarnaciones para desarrollar sus cualidades manifestadas ya anteriormente, para despojarse de los vicios y de los defectos que se oponen á la ley ascensional. ¿Qué sucederia si todos los hombres se acordaran de sus vidas anteriores? el órden de la Tierra seria trastornado, porque no está al presente establecida bajo estas condiciones. El Letheo, así como el libre albedrío, son las leyes del mundo actual.

Sea, se nos dirá, pero entónces ¿qué viene á ser la identidad?

La identidad, por ser momentáneamente violada, no deja de existir; se encuentra en el cuerpo aramal terrestre (Nepesch) para todo lo que ha pasado por esta tierra; con el cuerpo virtual, el Espíritu de las vidas, como lo llaman el Génesis y el Zhoar (Rouah), para todo lo que se ha cumplido en otra parte.

Hemos explicado claramente, á propósito de Pedro Leroux y de Fourier, cual era la causa de sus teorías erróneas sobre este punto; no hablaremos mas sobre ello.

El recuerdo ahogado en la materia para el tiempo y la necesidad de la prueba, se vuelve á encontrar mas tarde con tanta mayor vivacidad y pureza cuanto que los méritos del alma son mas grandes y que ha avanzado mas.

Aun para los misioneros venidos de esferas superiores, el recuerdo está sofocado y no puede serles revelado sino raramente de una manera completa, lo mas á menudo en parte, segun las necesidades de sus misiones. Lo hemos dicho ya á propósito de Saint-Martin, no podemos complicar desmesuradamente nuestro tra-

bajo por el desarrollo de nuestras doctrinas sobre este asunto, desarrollo que encontraria mejor lugar en otro tratado.

Encontramos sobre la marcha otras objeciones, una entre otras que ha sido hecha muy antiguamente por San Gerónimo en su carta XLI á Pammaco; citemos el testo: Post multa sæcula, idipsum José Gabrielem quod diabolum, Paulum quod caipham, virgines quod prostibulas” Despues de muchos siglos Gabriel será reunido pues [si vuestra opinion es verdadera] con el diablo, Pablo con Caifás y las vírgenes con las prostitutas?” Aun vamos á reforzar esta objecion que á una sola observacion ha de desplomarse en seguida, por la que hemos puesto en la página 127 y siguientes de nuestro *Exámen de las cuestiones pendientes en filosofia religiosa*. Nosotros razonamos así, discutiendo este argumento:

Coloquemonos un instante en la hipótesis favorita de los espiritualistas modernos, y supongamos como ellos muchas pruebas, sucediendo á la vida terrestre. El libre albedrío existe en todas las existencias, segun su confesion; luego en el libre albedrío entra la posibilidad de un pecado perpetuo, en otros términos supuesto que para ciertos hombres, la presente prueba ha sido mal comprendida, se debe de toda necesidad convenir en que podrá serlo en las vidas sucesivas del alma. Luego es necesario aun admitir que respecto de algunos, que confesaremos, si se quiere son en muy pequeño número, la reparacion que les sea posible será insuficiente, y que vivirán mas ó menos alejados de Dios, á

menos que estos filósofos tengan el recurso de una gracia venida de lo alto para inclinar las voluntades culpables al bien; pero, ¿cómo ocurririan á un medio semejante, ellos que no quieren reconocer, aun para la vida presente, la intervencion especial y particular de Dios? se ve pues que los razonamientos de la filosofía, llevados á sus últimas consecuencias, vienen precisamente á terminar en resultados idénticos á los que desconociendo ella, critica con injusticia en el cristianismo. Esto es, me parece decisivo, y tiene á establecer la union entre la razon y la revelacion, supuesto que, lejos de encontrarse en ella la oposicion, tantas veces se llada, nos vemos obligados á confesar la concordancia. Muchos teólogos aun, han dado la razon filosófica de la perpetuidad de la pena de la condenacion. Drexelius en su tratado *De Æternitate*, dice en propios términos: “Scelerati in locis inferner semper peccant, ideo semper puniuntur” La persistencia de la pena, tiende pues, segun él, á la persistencia del pecado. Es permitido á los cristianos adoptar esta interpretacion, que de ninguna manera ha sido censurada. ¿No habrá, al contrario, en la opinion de algunos filósofos, quienes nieguen despues de la prueba terrestre, la existencia de las penas cualesquiera que sean, para los criminales sin arrepentimiento, y que sostienen en cierto modo el progreso seguro y la ascencion bienaventurada de todos los hombres; no habrá, decimos, en esta opinion una contradiccion con la razon? ¡Qué! ¿no hay alguna cosa que rehusa colocar juntos en el mismo progreso á los verdugos y las víctimas, á los opresores y los oprimidos, á los ti-

ranos crueles y sus desgraciados vasallos, á los grandes inquisidores y los inocentes entregados á la hoguera: Laís Phryné con Lucrecia, una vírgen púdica con una vil prostituta? En este sentido me respondia una de las glorias mas puras de la Iglesia francesa, una de las mas grandes lumbreras del cristianismo en nuestra época. En una de mis cartas, yo le exponia mis propias dudas; él me escribió lo que sigue: "Proponéis en vuestra carta muy terribles y muy profundas cuestiones. Ellas indican un hombre de corazon que procura profundizar. Creed enormemente en la belleza, en la bondad infinita de Dios. Hé aquí el lado claro del dogma. El otro lado está envuelto en la oscuridad, por lo mismo, considerad esto: Gilles de Retz en el siglo XV ha robado á los paisanos de los alrededores de su guarida hasta ciento veinte y cinco niños, y los ha hecho morir en crueles suplicios, en orgías sódomicas y á fin de honrar á Satan: Así pues, yo os digo, que no espero encontrar á Giles de Retz. Pero, por otra parte, tened confianza querido Señor, Dios es amor, hé aquí lo que hay de cierto"

Nosotros contestamos con una simple palabra á esta andanada de razones. Decimos con el venerable eclesiástico que nos ha honrado con esta respuesta: no como vos; nosotros no solo esperamos encontrar á Gilles de Retz sino que lo encontraremos quizá, héroe de otras encarnaciones penosas y meritorias que este culpable habrá sufrido, en las cuales se habrá rescatado, y el principal rescate será la pérdida y olvido absoluto de su nombre execrable, que nadie sabrá en el reino de

los cielos. Motivo nuevo y todo poderoso, si no nos equivocamos, para hacer admitir la verdad de las reencarnaciones.

"Si todos deben llegar ahí ¿para que reformar la vida? para qué inquietarse?"

Me preguntas! ¿para qué? ¿No es verdad que un solo instante en que no goceis de la vida de los cielos, la menor demora para entrar á la casa del padre de familia debe despertar en vos mismo los mas amargos disgustos? Y despues, todos deben llegar, decís es cierto. La puerta está siempre abierta para todos, la prueba en ningun tiempo está cerrada; cualquiera que sea la expiacion debida al crimen ó á la falta, el arrepentimiento es siempre posible, la vuelta al bien siempre practicable; pero es necesario quererlo, es necesario que el libre albedrío del culpable y del extraviado corresponda al movimiento divino que lo previene y lo atraé, es necesario al menos, dar un paso hácia Dios, para que él dé mil hácia vos. Si os podrís eternamente en vuestro fango entregado á vuestras malas inclinaciones, á vuestras pasiones carnales, jamás, comprendedlo bien, jamás os elevareis, el Estado perpetuamente degradado de un Espíritu entraña necesariamente su propio y perfecto estacionamiento; hé aquí la verdadera doctrina filosófica, que jamás cierra el acceso á lo mejor, es verdad, pero á condicion del empleo de su libre voluntad. Luego, lejos de embotar los esfuerzos de la voluntad libertadora, el espiritualismo bien comprendido le da un impulso tanto mas saludable, cuanto menos oprimido está por la desesperacion. Allan Kardec, que con justo

título goza de una eminente autoridad entre los espíritas, ha dicho á la verdad en alguna parte: que una alma, durante la indefinida evolucion de los siglos, encontraba siempre una prueba triunfante para salvarse. Nos asociamos plenamente á este consolador pensamiento, pero repetimos á todos: "¡Aun así es necesario quererlo!"

Pasemos á la cuarta dificultad: el progreso indefinido no responde suficientemente á las aspiraciones de nuestras almas.

Mucho antes que nuestras doctrinas, una filosofía alta y divina enseñaba ya que lo finito no podia alcanzar jamás al infinito, sino solo tender á él progresivamente; que la movilidad era el perpetuo atributo de la criatura, que la esencia de Dios era incomunicable; nuestra filosofía, por su teoría de la vida futura, ha venido á confirmar esta asercion, desde tan largo tiempo percibida y formulada. No ha hecho mas que fijarla y expresarla de una manera que la hace en adelante incontestable.

Cuando el alma ha pasado al círculo de los Viajes y de las pruebas, entra en el círculo de la felicidad y tiene una plena posicion de la luz, de la verdad, de la vida, y está al servicio del Padre de los padres. Esta posicion aun en los últimos grados, es ya una inefable felicidad, incomprensible para nosotros. Hé aquí el fin del término. Ahora, aun llegado á este punto de donde no se puede decaer, el espíritu no permanece inmóvil y en un estado absoluto, avanza mas y mas hácia un acrecentamiento progresivo, que en lugar de

ser un trabajo, es una inmensa alegría; en lugar de causar desaliento, es un móvil de mas; todo lo que puede contribuir á la felicidad del alma contribuye continua y perseverantemente, los méritos se aumentan indefinidamente con los servicios; el amor se extiende de una manera inmensurable y produce ahí los prodigios de abnegacion de que no podemos formarnos una idea en la Tierra. Insistamos aun:

El hombre, se nos dice, aun cuando le concedais una eternidad de progresos, no llegará en un instante dado á la realizacion completa del ideal á que aspira con todo su corazon. La contradiccion irremediable entre sus deseos que persiguen el infinito, y su perfeccion siempre capaz de acrecentamiento, es un mal inherente á su naturaleza misma: jamás vendrá á ser perfecto, jamás llegará á ser completamente dichoso. Mientras mas marchamos hácia nuestros términos, mas éste término se aleja y nos huye. Nuestra alma es un hueco que crece con todo lo que en él se arroja para colmarlo, mientras mas se á acuerda á nuestros deseos, ménos se les satisface; nada es jamas para ellos bastante. Todas nuestras conquistas no hacen mas que alejar los límites de nuestras insaciabiles esperanzas; cada progreso adquirido nos descubre otro mas grande que huye sin cesar á nuestras miradas. La fé en el Dios personal y el amor de Dios pueden solos resolver el gran problema de la vida, y satisfacer los deseos inmensos de nuestro corazon. La inmortalidad misma no nos basta, por que los límites de lo finito se oponen y se opondrán siempre á que entremos en posesion de nuestro ideal.

Sí, pero nos aproximamos cada día más, si permanecemos unidos á la verdad, si hemos amado lo bello, y sobre todo, si hemos practicado el bien. Al través de nuestra larga peregrinación en persecución de este absoluto que nos huye y retrocede á cada instante ante nosotros, podemos al ménos gustar la felicidad eterna en el amor de Dios, de esa personalidad que reúne todas las perfecciones llevadas al más alto grado, á la más alta potencia. Si damos á Dios nuestra inteligencia, nuestra voluntad, nuestro corazón, El nos da en recompensa lo que posee, se comunica á nosotros, tanto como es posible, todo entero, no retiene más que lo que aniquilaría nuestra personalidad en la suya y sería incompatible con nuestra cualidad de seres finitos, porque todo se divide entre los que se aman. Podemos, pues, gozar en Dios de la plenitud del bien y asimilárnoslo en cierto modo. Llegar á su semejanza, hé aquí el objeto constante en que deben estar nuestras miradas eternamente fijas; pero si deseamos unírnos á El, es necesario no desear confundirnos en El porque esto sería perdersnos. Así, pues, el amor no puede legítimamente aspirar á aniquilarse á sí mismo. El amor implica necesariamente dos términos para existir: la persona que ama y la que es amada. Desear la comunión más perfecta entre ellas es la sabiduría y el derecho del amor. Soñar en la identificación es una locura. Demasiado amenudo los místicos han resbalado en esta pendiente; pero una psicología severa debe detenernos y señalarnos el escollo, y esto precisamente para mantener intacta nuestra personalidad, para no verla desa-

parecer en Dios, conviene adherirse filosóficamente á esta bella doctrina de la *pluralidad de las existencias*, que salva la identidad de las almas y les conserva la responsabilidad de todos sus actos, de sus vidas sucesivas y las corona en todas sus obras.

¿Se creería que gentes que se dicen de nuestra escuela filosófica y que pretenden participar de las nuevas ideas, se hayan mostrado opuestas á la pluralidad de existencias? Estos son de una inconsecuencia y de un ilogismo de tal manera evidentes, que nos bastarán pocas palabras para reducirlos á la verdad.

Su gran caballo de batalla es que se puede perfectamente expiar en el mundo espiritual todas las faltas cometidas aquí. Alegan como excepción este bello pensamiento de Saint-Martin, que es necesario arreglar sus cuentas antes de ponerse en camino. Es verdad, pero es necesario ponerse en camino, según él *y tener caballos para una nueva jornada, es decir*, encarnarse en un cuerpo para sufrir otra prueba.

Admitimos, en efecto, que el alma al salir de esta vida, puede pagar lo que debe en el mundo de los Espíritus. Vedla ahí, imperfecta y culpable cuanto ella lo pueda ser, vuelta á levantar de sus caídas y de sus faltas, es decir, en el mismo estado que ántes de su venida á la Tierra. Pero ¿podrá continuar su camino y elevarse hácia Dios, su supremo objeto? ¿No permanecerá eternamente estacionaria, lavada si se quiere, de las manchas de la existencia pasada, pero sin méritos nuevos, y sin razón suficiente de algún progreso? Esto es lógicamente cierto, y sería necesario ser ciego para

negar esta indudable consecuencia. Luego, es necesario, de toda necesidad, que por obras nuevas de su vida posterior, se haga digna de la elevacion de un rango superior.

Nuestros adversarios no se dan por vencidos y persisten en sus falsos razonamientos. Es verdad, confiesan ellos; pero en el mundo espiritual puramente, se pueden hacer obras loables y meritorias.—No lo negamos, sin embargo, examinemos. Es evidente que Dios tiene, no solamente humanidades espirituales por hacer, sino que hay humanidades materiales por formar y algunas veces por enderezar. Si la pluralidad de existencias no fuera cierta para las almas pecadoras, se seguiria de esto que la Providencia no podria emplear en este último oficio mas que almas nuevas; ¿no se ven luego los inconvenientes, mas claro, lo absurdo de semejante suposicion? ¡Almas nuevas, cuando las querria ejercitadas por sus precedentes trabajos, endurecidas en el mundo del mismo grado, inferiores ó superiores, y cuya experiencia adquirida, se volviese á encontrar, aunque latente, en los nuevos actos exigidos de ellas! y despues de esto ¡qué injusticia! Serian los que por sus faltas pasadas, merecerian atravesar las mas dolorosas pruebas, los que serian libertados de ellas. Todo está, pues, subvertido y trastornado por la falsedad de este punto de vista: la distribucion providencial de las almas y el equilibrio que ahí debe presidir.

Ahí se piensa muy de otra manera! si las almas no deben reencarnarse y hacen olvidar sus nombres crí-

minales, como lo hemos dicho, para sus existencias posteriores, Neron permanecerá Neron, Laís permanecerá Laís, Gilles de Retz permanecerá Gilles de Retz. De esto se seguiria una repulsion entre los habitantes de los mundos radiosos, á llamar hermanos á estos seres contaminados de infamia. En vano Neron habrá hecho en el mundo de los Espíritus las obras mas difíciles y mas loables, mientras no haya cambiado de nombre, miéntras que una ó muchas existencias nuevas no hayan pasado por su persona hasta borrar las huellas de su execrable nombre, no podrá llegar al círculo de la felicidad, y lógicamente nuestros adversarios, que niegan la eternidad de los castigos, se ven obligados á admitirlos para ciertos culpables. Permanecerán, pues, en la grosera opinion del infierno, que se habian propuesto rechazar.

De dos cosas una: ó nuestros adversarios reconocen la preexistencia ó no, si lo primero, todo está dicho, porque el pasado demuestra bastante el porvenir, sobre todo, cuando el cambio del estado, en la entrada de este mundo y despues en la salida, es casi insignificante aun habiendo habido deterioracion; y prueban una soberana inconsecuencia en no admitir la reencarnacion posterior cuando han reconocido la de la Tierra. O niegan la preexistencia, y entónces no explican ni las desigualdades intelectuales y morales, ni los males de nuestro planeta, y pierden toda la ventaja que pensaban encontrar en el rechazamiento de la condenacion eterna. En resúmen, no hay mas que dos partidos que tomar: ó recurrir á las doctrinas pueriles del infierno y

del paraíso absoluto, ó confesar resueltamente la pluralidad de las existencias, al ménos para el mas grande número de las almas imperfectas ó manchadas que salen de la vida terrestre.

Vamos mas adelante, y probemos que los que se sienten tentados de negar la preexistencia, para acordarse lógicamente con la negacion de las reencarnaciones, están completamente en el error.

Es necesario, naturalmente, que admitan que los hombres están todos en el mismo grado intelectual y moral, supuesto que las almas que vienen á encarnarse en la Tierra están nuevas y vírgenes de todo desarrollo anterior. Así, pues, tendrían que explicar en este sistema por qué los hombres están, de hecho, en un grado tan diferente y sometidos á pruebas tan diversas. Si el progreso, al salir de este mundo, debiera cumplirse en el mundo espiritual solamente, ¿por qué todos en la Tierra no tendrían el mismo progreso? porque de lo contrario resulta que unos llegarían al mundo espiritual mas perfeccionados que los otros, de suerte que de todos modos, ya á la venida ó ya á la partida, podría acusarse la justicia de Dios.

### CAPITULO III.

#### PRUEBAS LOGICAS DE NUESTRA DOCTRINA.

Este capítulo será corto pero decisivo. Se ha visto en nuestro segundo prefacio, que nos ha sido hecha una objecion, y es que habíamos emitido una hipótesis sin probarla.

Se ignora el verdadero método y el verdadero criterio. Examinemos lo que han intentado á este propósito los filósofos de la antigüedad y los de los tiempos modernos.

El método psicológico de Sócrates formulado en su precepto: *Conócete á tí mismo*, es esencialmente subjetivo.

La dialéctica de Platon, el silogismo de Aristóteles son instrumentos metódicos del Espíritu, y no constituyen métodos ni criterios.